

—Sacar los cuadros para vendérselos a los rusos.

—¿Nosotros?

No tuve más que entornar los ojos para ver de nuevo a Alberti delante del gran camión donde iban a marchar a Levante varios cuadros de escuela española, sacados del Museo del Prado. Fue en noviembre de 1936, y Madrid estaba ardiendo. Me es fácil recordar su voz. Nos dijo:

—Cuando llegué aquella tarde me hicieron pasar por una puerta por la que no me imaginé poder pasar nunca. Dos milicianos fueron tomando cuerpo en lo oscuro. Subimos otra escalera en sombra y llegamos a una rotonda, donde la lámpara minera alumbró una gruesa moldura cuyo filo lanzó chispas de oro. Al azar y como quien abre las páginas de un libro, metí la luz entre dos lienzos. Uno era *La emperatriz Isabel de Portugal* de Tiziano; el otro, no se veía. Un trallazo de frío me recorrió la espalda. Todo el museo había descendido a los sótanos para guarecerse de los trimotores alemanes. Tres mil cuadros, centenares de obras maestras estaban allí, muertos de miedo, hombro con hombro, temblando en los rincones. Quise subir a ver el espectáculo terrible, único, insospechado, de una pinacoteca de las mejores del mundo, desnudas de pronto sus paredes. Pocos hombres podrían recorrer de un lugar a otro aquel dolor sin nombre del museo vacío. Yo eché a andar por él. En la rotonda se alzaba un andamiaje que subía hasta la cúpula. Entre los travesaños se veía la estatua de Carlos V, con Francisco I a sus pies, de Leoni. A través de la cúpula se oscurecía el cielo. Una bomba incendiaria había hecho añicos los cristales de la montera. Seguimos. El olor a cera mezclado con el barniz de los cuadros, que me había perfumado tantas mañanas inolvidables, persistía sólo en mi recuerdo. Hacía frío. Las vidrieras del techo también estaban rotas. Como ventanas ciegas, la huella de los cuadros descolgados se estampaba en los muros. Y fui poniendo sobre ellas: aquí *La visión de San Pedro de Alcántara*, de Zurbarán; enfrente, el *San Bartolomé*, de Ribera; más allá, *Las fuentes de Aranjuez*, de Juan Bautista Mazo... Se me caía el alma de vergüenza. En la sala de Velázquez entreví la mancha dejada por las *Lanzas* y no quise pasar, tal angustia mezclada de cólera sentí. Varias bombas incendiarias habían perforado la techumbre y no había concluido entre las llamas todo porque hay que pensar que las bombas allí caídas tenían más conciencia que los que las tiraron. «Catorce bombas incendiarias hemos recogido», dijo la voz despaciosa del miliciano. El subdirector, señor Sánchez Cantón, inclinó confuso la cabeza. Seguimos andando por aquel extraño sueño de mangueras entre-

cruzadas como serpientes y de tierra y polvo, sobre el que quedaba la marca de los pasos. «Hemos extendido mucha tierra para proteger lo que hay en los sótanos», seguía diciéndome mi acompañante. Y su voz era tierna y me conmovía ver aquellos dos hombres salvando con ternura admirable, con profunda intuición aquello importantísimo, no para nosotros, sino para el mundo entero. «Algún día entre los salvadores del Museo del Prado, vuestro nombre figurará en un sitio de honor». Era casi de noche y se me desdibujaron sus caras, pero no su voz. «Camarada Alberti: nosotros hemos hecho bien poco. Es el Partido. ¿Comprendes?» Aunque era ya de noche me llevaron a los tejados. Vi los cauces de cinc de las canales que guían el agua de las lluvias, perforados por las bombas arrojadas para incendiar los Goyas, los Velázquez, los Greco... Fueron contadas hasta treinta y cuatro bengalas. La puntería no podía fallar. Sabían muy bien los hitlerianos que allí no había polvorines. Una bomba enorme cayó en el Paseo del Prado. Desde la Fuente de Neptuno hasta la glorieta de Atocha se rompieron los cristales de las casas; una de las fuentes que mira al Botánico rodó por el suelo... Hablábamos mirando aquello cuando asomaron tímidas las primeras estrellas. Bajamos a los sótanos. El subdirector del museo nos había seguido sombrío y silencioso. Dentro de él parecían reñir en guerra civil la verdad de lo que había visto y sus simpatías personales. No le hicimos caso. «El Ministerio de Instrucción Pública autoriza a María Teresa León a evacuar inmediatamente, de acuerdo con usted, aquellas obras cuyo estado de conservación lo permita». Sí, que salieran para que el zumbido diario de los aviones sobre Madrid no nos atormentase tanto. Se trabajó con celeridad y dos días después la primera expedición estaba dispuesta.

Yo la había visto salir del patio de la Alianza de Intelectuales. También sentí un escalofrío cuando me dijeron: «Ahí están *Las Meninas*, y en la otra caja, precisamente, el *Carlos V a caballo* de Tiziano». Hasta ayudé a colocar sobre el extraño monumento grandes lonas para protegerlo de la humedad. Milicianos del 5.º Regimiento llegaron a medianoche para custodiar la expedición. Dos motoristas irían abriendo paso a la histórica marcha. Alberti se había quedado muy pálido. Su perro *Niebla*, amigo de todos, ladró a todo aquello. Todos estábamos conmovidos y aguardábamos sin hablar. Cuando llegó el que iba a ser jefe de la expedición, casi a medianoche, salimos al patio. Alberti se encontró que todos los milicianos se habían agrupado para mirarlo, para despedirse. Bajó con ellos a la oscuridad del patio, que es nuestra casa provisional, y

oímos: «Camaradas: el gobierno, su Ministerio de Instrucción Pública, os confía esta noche algunas de las obras maestras más valiosas de nuestro tesoro nacional. Los defensores de Madrid defienden también su museo. Nuestra guerra no se limitará a vencer al fascismo que armó a Franco, ni a dar de comer a los que siempre tuvieron hambre; nos batimos por algo más lejano, más alto. El mundo entero saludará mañana en vosotros a los verdaderos salvadores de la cultura». Los motores se pusieron en marcha. Algunos segundos después, aquellos milicianos jóvenes, que tal vez no supiesen leer, y que, sin duda alguna, jamás habrían entrado en el Museo del Prado, se disponían a salir de Madrid entre la niebla y muertos de frío, lentamente, camino de Levante... Y a mí, me decían a mí en plena calle de Alcalá, que teníamos en la Alianza los cuadros del Prado ¡para vendérselos a los rusos!

—Sois unos miserables. Con que yo diese un grito te agarrarían cien manos para darte el paseo, estúpido.

—Prueba. El tonto eres tú. ¿Crees que las calles de 1938 son las de 1936? Ahora la gente no quiere líos y se escabulle. Madrid es un heroísmo cristalizado.

—Tú y los tuyos sois gente sin alma. Vete a tu agujero pronto. Y agrádecete a Maruja lo que estoy haciendo. La he querido demasiado para matarte.

Apenas acertó a balbucear:

—Pero, perdona. No creí que estuvieras tan convencido, pensé que eras un republicano geográfico.

Le volví la espalda, pero ¡qué desorden me dejó dentro! ¡Otra vez Maruja! ¿Estaremos siempre ligados por algo a esta gente: sangre, afectos, costumbres? Mezquina y baja. Sí, mezquina y baja moviéndose en una escala de rencores, en el si tú eres más o menos medido al milímetro, contando una invitación, un saludo, un antepasado más o menos, pero nunca la inteligencia. La inteligencia tenía figura de lacayo; se la usaba, pero no se la admitía. ¡Qué pocos de ellos se salvaban de esta mediocridad! ¡Admitir socialmente! A mí no me admitían, a mis padres no se los admitía, a mis tías sí se las admitía. Pero ¿adónde? La pirámide se escalonaba hasta el rey. Mi tía María llegaba hasta la infanta. ¡De cuando en cuando iba a los salones de la calle Quintana a oír música! ¡Qué arrobo estar con Isabelita! Isabel de Borbón, con los ojitos muy chicos en su cara de botijo verbenero no veía a nadie, pero las agraciadas sí que la veían cerrar los párpados, seguramente despreciándolas, pues fue señora muy

MARÍA TERESA LEÓN

# JUEGO LIMPIO

PRÓLOGO DE LUIS GARCÍA MONTERO



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

**Comunidad de Madrid**

VISOR LIBROS

---

LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS